

LITERATURA EUROPEA Y EDAD MEDIA LATINA

de Ernst Robert Curtius

Ernst Robert CURTIUS (1948): *Literatura europea y Edad Media latina*. Traducción de Margit Frenk y Antonio Alatorre. México, D.F., 1955, 2 vols. 902 pp.

En una época en que en Europa se levantaban barreras de todo tipo entre los estados y territorios que la formaban, el alemán Ernst Robert Curtius (1886-1956) se dedicó a estudiar las literaturas nacionales francesa e inglesa, que le conducirían hacia lo que él pensaba ya que era una cultura europea común. Quién sabe si su origen alsaciano se encontraba entonces guiando aquél espíritu reconciliador, lo cierto es que su dedicación a la literatura latina medieval como sustrato de una cultura europea común se ubicaba intelectualmente en la estela del también alemán Aby Warburg (1866-1929) y del suizo Jacob Burckhardt (1818-1897). Sin embargo, y a diferencia de ambos, lo que hace de Curtius un clásico de la idea de Europa es la fundamentación de su obra, no sobre el resultado literario o artístico de un único territorio nacional (como el italiano en el caso de Burckhardt), o en torno a la relación entre dos focos de civilización del continente (como supuso el eje florentino-flamenco, por ejemplo, en las investigaciones sobre historia del arte de Warburg), sino que su mirada se dirigió, y de ahí su importancia y novedad, a toda la Antigüedad latina para observar cómo surgió de ella, merced al lento sucederse de los siglos, la literatura europea.

*Literatura europea y Edad Media latina*, elaborada, según su autor, entre 1932 y 1945, aproximadamente, revisada con posterioridad entre 1945 y 1947 y, por último, publicada en 1948, constituyó el fruto de medio siglo de trabajo intelectual cuyas razones y desarrollo explica el autor en el epílogo de su propia obra. La estructura se divide, básicamente, en dos partes: la primera, compuesta de diecisiete capítulos y un epílogo, es el corazón de la obra; la segunda, formada por un haz de

veinticinco excursos y un apéndice, un complemento del que muy pocas obras pueden sentirse tan orgullosas. No se trata de una obra monográfica, sino enciclopédica. Lo cual es así, no exclusivamente por sus contenidos, sino, en general, por el modo en que está concebida y compuesta la obra, imagen evocadora de un antiguo hábito de confeccionar los libros que hace ya tiempo que se ha perdido<sup>1</sup>. Por otra parte, aunque en esta misma línea y refiriéndonos a cuestiones relativas a la obra, conviene señalar asimismo el uso consciente de las notas de pie de página y los excursos, como segundas fases de ampliación de un conocimiento que, de modo esencial, se muestra en el texto corriente<sup>2</sup>. De esta manera, Curtius se muestra fiel a la idea de Ortega que aporta como uno de los lemas que dan la bienvenida al lector al comienzo de la obra<sup>3</sup>: «Un libro de ciencia tiene que ser de ciencia; pero también tiene que ser un libro». Por cierto, que será este *modus operandi* el que contribuya además, en gran parte, a conseguir el halo de cientificidad que el autor perseguía<sup>4</sup>.

Las primeras páginas sitúan al lector en el contexto evocado por el propio título de la obra. En primer lugar un concepto, el de *literatura*, que nos presenta el género o tradición en que se enmarca el estudio. En segundo lugar, un adjetivo, *europea*, cuya entidad va tomando cuerpo a medida que los capítulos conforman la propia totalidad del libro, pero que, desde el principio, se matiza y delimita a una comunidad cultural originaria<sup>5</sup> y que, al tiempo, halla refuerzo en los otros términos. Como tercer elemento, y ya referido a la mencionada comunidad cultural, la expresión *Edad Media*, que alude a una cronología y temática variable pero limitada por los elementos antes mencionados (así como por el adjetivo que sigue a continuación) y que llega hasta una época (el Renacimiento) en la cual los contemporáneos

del autor (Huizinga, el propio Warburg, etc.) comenzaron a vislumbrar con claridad, a través de sus estudios desde distintos ángulos, una historia cultural común de la Europa que surgiría del Humanismo. Por último, y con la fuerza que impregna siempre a aquello que resulta esencial, entre los elementos conformadores del título de la obra de Curtius, está el adjetivo *latina*, en clara referencia a una lengua que fue el verdadero vínculo de unión durante siglos de los territorios de lo que, primeramente, fuera el antiguo Imperio Romano y, con posterioridad, la cultura medieval que le sucedió como espacio de civilización.

En buena medida, podría resumirse lo anterior en esta idea: «La Edad Media latina —escribe Curtius— es la calzada romana, desgastada por el tiempo, que conduce del mundo antiguo al mundo moderno»<sup>6</sup>. Precisamente, este valor de continuidad, que en el título de la obra se esconde, al tiempo que se revela, tras el adjetivo *latina*, es una de las que vertebran el estudio de Curtius. Para él, «captar la continuidad de la literatura europea»<sup>7</sup> se convierte en uno de los fundamentos de su trabajo, y para la posterior historia de la idea de Europa, dicha continuidad va a contribuir a explicar la existencia en el tiempo de una cultura europea que se perpetúa a través de los siglos y los vaivenes históricos y políticos. Es, desde esta lógica, el estudio detallado y riguroso de los diferentes textos de la literatura europea latina lo que le ha conducido «a la conclusión de que la Edad Media debe ser vista en su continuidad con la Antigüedad, y también con la edad moderna»<sup>8</sup>.

Tras los dos primeros capítulos, dedicados a contextualizar el estudio en el tiempo y el espacio, a la vez que se definen los conceptos utilizados en el título de la obra, Curtius pasa a analizar detalladamente en apartados sucesivos los elementos que, a su juicio, constituyen el armazón de la tradición literaria europea medieval. Estos elementos son los siguientes: el carácter pedagógico de la literatura medieval; la importante herencia que supusiera para la época las retórica y tópica clásicas; de ahí, por otra parte, que se señale la relación entre retórica y poesía, y de ésta con la filosofía y la teología, a su vez; la relevancia de la naturaleza y del paisaje, que pasarán a la época renacentista convertidos en temas clásicos; los tipos de metáforas (entre las que merece un capítulo aparte el tema del libro y la escritura como símbolo clave para la tradición europea); las musas, como «constante formal 'concreta' de la tradición literaria»; la reflexión continua sobre la categoría de los clásicos y, de su mano, el eterno debate entre los antiguos y los modernos y su influencia en las sucesivas generaciones del canon (eclesiástico, medieval y moderno); hasta concluir con un capítulo final (que precede al epílogo y, tras él, los

excursos) dedicado a Dante como culminación del periodo y confluencia de los diferentes aspectos tratados con anterioridad<sup>9</sup>. Toda esta ingente maraña de conocimientos la desenvuelve Curtius siguiendo un camino magistralmente trazado por él mismo, según el cual «la estructura del libro está determinada, no por una disposición lógica, sino por un engarce temático»<sup>10</sup>.

Pero, dejando a un lado el valor literario y científico de esta obra, *Literatura europea y Edad Media Latina* se erigió en un clásico del europeísmo desde el momento mismo de su gestación. Una vez más las cronologías se muestran de vital importancia, y no es casual, precisamente, que uno de los lemas elegidos por Curtius sea la frase de Jacob Burckhardt en la que proclama: «Hasta las épocas de decadencia y ruina tienen derecho a nuestra simpatía». Curtius escribió su obra durante unos años que los europeos bien desearían olvidar si con ello se borrasen de la historia las ignominias que en ella se llevaron a cabo en el suelo del continente. No deja de resultar llamativo cómo el tema de la continuidad histórica, al que ya nos hemos referido, conduce en Curtius a un tema, hoy tan vigente, como el de la memoria. Gracias a él encontramos en *Literatura europea y Edad Media Latina* el estigma de la modernidad europeísta:

En la memoria descansa la conciencia que el hombre tiene de su identidad, más allá de todo cambio. La tradición literaria es el medio por el cual el espíritu europeo se percata de sí mismo por encima de los siglos<sup>11</sup>.

Sin embargo, y pese a todo lo recorrido, Curtius sabe que aún resta mucho por hacer. Él mismo se muestra crítico, por ejemplo, respecto de la carencia de una verdadera enseñanza en Europa de la historia de su literatura: «Si examinamos a su vez la enseñanza de la historia literaria, no cabe siquiera hablar de fraccionamiento; sólo de omisión. [...] ¿Hay una ciencia de la literatura europea, y se la enseña en las universidades?»<sup>12</sup>. Y esto, a pesar de que «la literatura europea es tan vieja como la cultura europea, es decir que abarca veintiséis siglos»<sup>13</sup>. Una vez más, el reproche del filólogo hacia la división es claro y refleja la existencia de mayores conflictos: «La parcelación de la literatura europea en gran cantidad de filologías inconexas impide casi del todo esta amplitud de miras»<sup>14</sup>. Hijo atento de su tiempo, y no sólo de sus lecturas y de la cultura recibida como herencia, Curtius era consciente de la fortaleza del concepto europeidad literaria, así como de su proyección histórica sobre la evolución de la propia idea de Europa:

Si la literatura europea sólo se puede ver como un todo, su investigación no puede proceder sino de manera histórica [...] sin un estudio modernizado de la literatura europea, no hay impulso posible de la tradición europea<sup>15</sup>.

Desde esta perspectiva, la importancia de la obra (y de la concepción) de Ernst Robert Curtius radica, pues, en el tiempo en que se lleva a cabo y publica, hecho que tiene lugar en unos años cruciales de la historia reciente de Europa. Sus tesis confluyen, en este sentido y desde el punto de vista de la evolución del pensamiento político, en lo que los partidarios de una federación de estados europeos insistían entonces en denominar «la unidad en la diversidad, [como] fundamento de la unión federal»<sup>16</sup>. Para llevar a cabo este proyecto es para lo que la idea de la memoria adopta en Curtius la inevitable redención de Leteo: «Para que se conserve lo esencial hace falta que se olviden muchas cosas; ésta es la verdad de la *tabula rasa*»<sup>17</sup>.

Quizás porque siendo un estudioso de la Literatura (y no un político) Curtius se dedicó a interpretar más allá de su ámbito de especialización la continuidad de la idea europea, merezca ser recordado como uno de los clásicos del europeísmo. Todo ello, junto con la autoinserción en el seno de una tradición a la que con frecuencia se alude con agradecimiento, ha contribuido, sin duda alguna, a hacer de esta obra un clásico de la filología comparada. A pesar de algunas posibles e inevitables aristas por limar, pues sólo aquél que abre y señala muchos caminos puede dejar numerosos senderos sin hollar, se trata de una obra de la que han bebido multitud de investigadores y que aún sigue saciando buena parte de la erudición y la filología románicas. Mas también su espíritu europeísta conviene ser reconocido cuando están a punto de cumplirse los 60 años de su publicación. No en vano, fue desde su conocimiento y estudio incansable de la tradición literaria desde donde pudo concluir que «Europa, si no es visión histórica, es sólo un nombre, una «expresión geográfica», como llamó Metternich a Italia»<sup>18</sup>. Más aún, dando por hecho la «unidad vital» de la Europa occidental, partiría de ella para «demostrar que esa unidad existe igualmente en la literatura»<sup>19</sup>. De esta manera, lo que él consiguió sirve a su vez, todavía hoy, a quienes se ocupan de reforzar la idea de la unión europea de la que él mismo partió.

Fernando Benito Martín

## NOTAS

<sup>1</sup> Desde el punto de vista de la gestación de la idea vertebradora del libro, y del procedimiento, destacaríamos tres aspectos esenciales: A) el lento reposar de los conocimientos acumulados y su contrastación a lo largo de los años, hasta ir conformando una obra que, verdaderamente, tuviera algo nuevo que contar; B) el uso de la erudición acumulada tan sólo por el estudio continuado medido por el tiempo; y, por fin, C) el parto, medido y consciente, de una magna obra circular y estructurada de un modo coherente. Todo un ejemplo, en resumidas cuentas, para una

época como la nuestra en la que la autoría se difumina y diluye, a caballo entre el trabajo colectivo, por un lado, y la urgencia de la promoción académica, por otro. Por otro lado, en cuanto a la estructura de los contenidos del libro, todo en él nos lleva también por caminos ya inusuales en la elaboración y el trabajo intelectual de nuestros días (salvo honrosísimas excepciones, de mentes en clara armonía con la época que estudian y a la que, quizás, hubieran deseado poder conocer de otro modo que a través de los libros). Delatan en Curtius tales hábitos una serie de elementos, de entre los que tan sólo mencionaremos aquí los principales: (i) el hermanamiento entre la obra principal y un bloque de excursos que la complementan aportando una mayor carga de erudición; (ii) la existencia de un epílogo que recapitula el trabajo realizado y lo condensa mediante las ideas principales; (iii) la inclusión de un apéndice (que no figuró en las ediciones alemanas pero que fue autorizado por el autor en otras) en el que, con cierto alejamiento de la obra en el tiempo y el espacio, se reinterpreta para un público especial como es el de ese *alter ego* de la cultura europea que constituyen los Estados Unidos y que el autor vio ya como continuadores de cierta tradición europea; (iv) el uso decimonómicamente profuso aunque razonado de las abreviaturas (imprescindible cuando se trabaja(ba) con las recopilaciones de fuentes en los primitivos tiempos del positivismo historicista), y (v) un índice analítico a la antigua usanza, en el que los nombres se ponen en relación, además, cuando así se requiere, con determinados contenidos temáticos.

<sup>2</sup> Cfr. p. 545, donde así lo pone de manifiesto el propio Curtius. [Todas las citas de la obra de Curtius *Literatura europea y Edad Media Latina*, remiten a la edición de dicha obra cuya referencia se da al inicio de estas páginas.]

<sup>3</sup> P. 16.

<sup>4</sup> «En las ciencias del espíritu, la demostración tiene que basarse en pruebas; en la filología, tiene que basarse en textos», p. 544.

<sup>5</sup> «Durante la Edad Media, la Romania subsiste, por encima de los límites lingüísticos, como una comunidad cultural. [...] A partir más o menos del año 1300, los países de la Romania se van diferenciando cada vez más en lengua y en cultura. A pesar de eso, las naciones románicas siguen unidas, gracias a su origen y al sentido, constantemente despierto, de su relación con el latín. En este sentido lato, se puede seguir hablando de una Romania que, frente a los pueblos germánicos y a sus literaturas, constituye una unidad», p. 57. Es más, «a través de la Romania y de sus irradiaciones, el Occidente adquirió sus conocimientos de la lengua y literatura latinas», p. 61.

<sup>6</sup> P. 38.

<sup>7</sup> P. 561. «¡Continuidad! —dirá el propio autor— La hemos encontrado bajo cien formas diferentes», *ibidem*. Sobre este concepto, cfr. pp. 560-568.

<sup>8</sup> Pp. 548-549. Sobre esta idea de la continuidad, y acerca de su papel en la obra de Curtius volveremos más adelante. En cualquier caso, obsérvese ya en dicha idea la prefiguración en el ámbito de la historia de la literatura, del concepto braudeliano de *la longue durée*, implícitamente reconocida por el propio historiador francés cuando, en 1958 manifiesta que *Literatura europea y Edad Media Latina* «es el estudio de un sistema cultural que prolonga, deformándola a su conveniencia la civilización latina del Bajo Imperio, abrumada a su vez por el peso de una herencia: hasta los siglos XIII y XIV», «La larga duración», en Fernand BRAUDEL, *Las ambiciones de la Historia*, ed. preparada y presentada por Roselyne DE AYALA y Paule BRAUDEL. Barcelona: Crítica, 2002, p. 155.

<sup>9</sup> «El teatro del mundo de la Edad Media latina se representa por última vez en la Comedia, pero transpuesto a un idioma moderno, [...] Con esto queda trascendida la Edad Media, y también la división en épocas de una miope ciencia histórica cuyos períodos habrán desaparecido mucho antes de que Dante deje de ser admirado», p. 543.

<sup>10</sup> P. 545.

<sup>11</sup> P. 565.

<sup>12</sup> P. 28.

<sup>13</sup> P. 30.

<sup>14</sup> *Ibidem*, o también «la literatura europea es una «unidad de sentido» que se escapa a la mirada si la fraccionamos», p. 32.

<sup>15</sup> Pp. 34 y 35.

<sup>16</sup> Denis DE ROUGEMONT (1961), *Tres milenios de Europa. La conciencia europea al través de los textos. De Hesíodo a nuestro tiempo*. Trad. de Fernando Vela. Madrid: Revista de Occidente, 1963, pp. 385 y ss.

<sup>17</sup> P. 567.

<sup>18</sup> P. 22.

<sup>19</sup> P. 324.